



Con esta solución os aseáis el rostro y ya tenéis un medio para desterrar la grasa de la epidermis y amortiguar sus efectos. La cara quedará tersa, fresca; aunque el sudor luego reaparecerá, claro es, si el ejercicio o la temperatura han mandado con violencia sobre vuestra fisiología.

También es conveniente, por las tardes, antes de salir de paseo, practicar la misma operación, adquiriendo la confianza de que esta fórmula remediará en lo que cabe, las molestias horribles de veros inundados por las secreciones glandulares de vuestras mejillas.

Para el resto del cuerpo, el mejor tratamiento es bañarse un par de veces al día, dándose después del baño un masaje general con agua de colonia.

Cuando el sudor es tan desagradable al olfato que no responde de una manera total a este procedimiento, naturalmente sin prescindir de él será preciso emplear el siguiente preparado:

|                                  |            |
|----------------------------------|------------|
| Polvos de arroz . . . . .        | 70 gramos. |
| Subnitrato de bismuto . . . . .  | 25 »       |
| Polvos de talco . . . . .        | 100 »      |
| Permanganato de potasa . . . . . | 5 »        |

La mezcla todo ello ha de estar reducida a un polvillo impalpable, para lo cual esta receta inglesa ha de prepararse en una buena farmacia. Se aplican estos polvos por medio de una borla, extendiéndolos por el busto, sobacos, muslos,

cuello, brazos, manos, pies y demás partes del cuerpo, cargando la dosis en aquellas donde el sudor se manifieste más.

Cuando el olor desagradable es en los pies, en esos pies tan lindos de Venus modernas que no queréis ver mancillados por el sudor, se emplea la fórmula siguiente, la cual me ha sido confiada por una buena amiga, artista de la pantalla:

|                               |             |
|-------------------------------|-------------|
| Agua destilada . . . . .      | 250 gramos. |
| Bricomato de potasa . . . . . | 25 »        |
| Esencia de romero . . . . .   | 2 »         |

Antes de untarse bien los pies con esta mezcla, se lavan minuciosamente con agua y jabón.

En verano es altamente recomendable a todas las mujeres que sudan mucho la agregación a su baño diario de dos o tres gramos de permanganato de potasa.

Todavía existe otra fórmula muy en boga entre las mujeres a quienes les sudan las manos, pues no hay nada más repulsivo que, cuando nos saluda alguien, tenderle una mano empapada y viscosa. Esta receta manual consiste en el preparado siguiente:

|                            |            |
|----------------------------|------------|
| Borato de sosa . . . . .   | 15 gramos. |
| Acido salicílico . . . . . | 15 »       |
| Acido bórico . . . . .     | 15 »       |
| Glicerina . . . . .        | 100 »      |
| Alcohol . . . . .          | 100 »      |

Se mezcla bien y se friccionan las manos dos o tres veces al día con este líquido.

Con idéntico fin, se emplea aún otro preparado de uso más simple y corriente.

|                                |             |
|--------------------------------|-------------|
| Agua de colonia . . . . .      | 150 gramos. |
| Tintura de belladona . . . . . | 20 »        |

Se frota y restregan bien las manos con una cucharada de esta mezcla, efectuando la misma operación tres o cuatro veces por día.

Para el sudor de manos y pies, indistintamente, hay un remedio que consiste en bañarse las extremidades de que se trate con agua caliente, en la que se haya echado vinagre, mostaza o alcohol alcanforado. Por la noche se aplica la pomada siguiente: Ictiol, 10 gramos, trementina, 10 gramos; pomada de óxido de zinc, 20 gramos. Durante el día se espolvorean los pies con dos gramos de harina de mostaza y setenta gramos de talco.

París, Agosto 1934.

MISS ANY

## BECQUERIANAS

En el jardín solitario  
que es nido de tu pasión,  
entre lágrimas amargas  
dejé un beso y una flor.

Aquel beso de mi alma  
el viento se lo llevó  
pero la flor todavía  
agoniza en un rincón.

Era aquel beso mi dicha  
que para siempre voló  
y la flor era el emblema  
de mi triste corazón.

DIÁZ DE ESCOBAR

## DE COCINA

### EMPANADO A LA INGLESA

Un huevo, un poco de sal, otro tanto de pimienta blanca, una cucharada de aceite crudo y otra de agua fría. Se bate bien. Se pasa el lenguado primero por harina y se sacude; luego se lleva al huevo y por último del huevo al pan. En un decilitro de aceite se pone una cucharadita de manteca cuando ya está caliente el aceite. No deben estar cubiertos los lenguados sino la mitad de su grueso y con fuego moderado. Se frien y escurren bien. Se colocan en una fuente larga, rellenando el interior del lenguado de manteca de «maitre d'hotel», y el fondo de la fuente se cubre de jugo. En esta disposición quedan los lenguados a la empanada inglesa para chuparse los dedos.

### BESAMELA

Se preparan treinta gramos de manteca, otros tantos de harina fuerte y tres decilitros de leche. Se pone en una cacerola la manteca y la harina, haciéndolas cocer un poco, moviéndolas sin cesar. Luego se echa la leche hirviendo, en varias veces, trabándola cada vez que se echa, una vez incorporado el total de leche, se sigue trabajando, siempre al fuego, se sazona con sal, pimienta blanca molida y un poco de nuez moscada, dejándola hervir cinco minutos sin dejar de moverla. Debe quedar como una crema para servirla al enfriarse.



Chequeta y beret de topo azul marino, que es elegante y quedan muy bien sobre una falda lanita o crepe de seda grueso

## Yo imaginé una quimera

Yo imaginé una quimera...

Interrogué a las estrellas,  
a las nubes y a los vientos.  
Y me asomé a la callada  
profundidad de los cielos  
y las aguas. Y llamé,  
al concierto de los ecos.  
Más todo me devolvía  
mi anhelo, como un espejo...

Y es que mi ensueño y mi  
no fueron más que quimera.

ANDRÉS CASASNOVA

## LECCIONES DE COSA

### LAVADO DE LA CABEZA

Se puede hacer un «champooing» económico disolviendo en un litro de agua cien gramos de jabón negro y diez de carbonato de sodio. Se perfuma la mezcla se echan algunas gotas de esencia de espliego. En el instante de lavarse la cabeza se calienta un poco y se emplea sin añadir agua. Después se aclara el pelo con agua corriente.

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.



Vestido de playa de tela antigua blanca a cuadros multicolores.— Vestido de puntilla color topo, con una toca de picot negro y crosses

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

## EL HADA ALEGRÍA

— POR —  
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(82)

—Marcharte... «por que no hay amor tan fuerte, que ausencia y tiempo no acaben» que dijo el poeta—contestó sentenciosa la dama.

—¿Y si ella me amase?—suspiró el joven, en lucha todavía.

—Si te ama ya lo sabremos.

—Y entonces... ¿vendría?

—Sí, entonces, vendría.

—¿Lo sabe Alfonso?

—Lo sabe todo.

Ocupado en sus preparativos de viaje, no vio a Gloria porque no bajó al comedor. La joven, presa de una gran nerviosidad, apenas comió, sintiendo flotar en el ambiente del castillo, de ordinario sereno, algo insólito y extraño. Pilar, compadecida de sus angustias, trató de calmarla.

—Pero no seas chiquilla, Gloria, tranquilízate. Estás muy agitada,

—No se batirán, ¿verdad?—sollozó apuradísima.

—¿Qué tonterías estás hablando? ¿Acaso ha sucedido algo tan grave para todo eso?

Pero no conseguía gran cosa la señora con sus exhortaciones. Gloria repetía que ella tenía la culpa de todo lo ocurrido y que no se perdonaría nunca la imprudencia... Al decir esto, sollozando amargamente, apoyada en el hombro de su madrastra, pasaban por la puerta de la Cámara del Rey y aunque hizo todo cuanto pudo por sofocar el llanto apretujando el pañuelo entre los labios trémulos, aún alcanzó a oír algo del Conde de Fenollar.

Rodríguez, que le ayudaba en el arreglo de una maleta mientras Blondin tomaba por su cuenta un gigantesco baul, le miró un momento. Tembloroso el joven, arrojó al suelo con violencia un libro que tenía entre manos y murmuró mirando al viejo servidor:

—Esto no puede ser... ¡no puede ser!... Lo mejor es que me marche cuanto antes.

—Sí, señor Conde, nos marcharemos.

Rodríguez habló en plural y el joven se extrañó.

—¡Nos marcharemos...! ¿Qué quieres decir?

—El señor ha dispuesto que yo vaya también con el señor Conde.

Dibujóse una gran expresión de alegría en el rostro apenado del diplomático y bajando la voz y acercándose al mayordomo díjole con cierta melancólica ternura:

—Entonces cuando estemos allá en Suiza, lejos de Fenollar, ¿me hablarás mucho de ella?

El viejo inclinó la cabeza sin contestar, en señal de asentimiento.

Hacia las seis de la tarde fueron a anunciar a la señora de Róspide la visita de Ardieta, y sin poder evitar una ligera agitación, pues tampoco se sentía ella muy tranquila desde el incidente de la víspera, bajó al salón de los Tapices.

Manuel Ardieta, después de una noche de insomnio, había tomado su partido. De pie, saludó respetuoso a la dama y luego, con voz entrecortada, balbuceó:

—Vengo, señora, a presentar a usted mis excusas por la brusquedad de

que hice ayer uso en mi conducta. Espero que usted, que es una mujer de talento y de mundo, sabrá apreciar las angustias que me atormentaron en aquel instante hasta el punto de ofuscarme...

Se le ahogó la voz en un suspiro. La señora que le conocía bien, que sabía la delicadeza de su sentir, su modo de ser caballeresco y honrado, se sintió conmovida, no por lo que oía sino por lo que adivinaba, y poniéndole encima del hombro la mano con un ademán maternal, le aseguró cariñosamente:

—Puede usted creer, amigo mío, que me hago cargo perfectísimamente de lo sucedido. Sé algo de los grandes amores de los hombres, de las penas calladas, de los celos sofocados que ponen el corazón en tensiones violentas. Sé también de los nobles sentimientos, de las generosidades inherentes a ciertos temperamentos apasionados, y espero, me atrevo a esperar... que lo que entre usted y mi hijo haya mediado de áspero y amargo se borre y se olvide.

—Gracias. Puede usted esperar por mi parte—exclamó el joven besan-

do la mano perfecta de la señora Róspide—. Y créame que estoy orgulloso de haberlo que sea necesario para la felicidad de Fernando... y de Gloria.

—Mi hijo sale mañana para Suiza—respondió con firmeza la dama.

—¡Oh!—protestó Ardieta—, yo quien debo irme, el extraño, el que se ha mezclado en la vida de usted para traer dolorosas perturbaciones y el Conde de Fenollar debe gozar de la dicha que Dios le para... ¡quizá porque con su silencio con su callar sufrido, la ha merecido más que yo!

—¡Cállese, Ardieta! El mayor dolor que puede usted hacernos por ahora es el de callar. Además, no es usted el llamado a obrar. Gloria es la que libre de influencias extrañas, debe decidir. Ya lo hará y, mientras tanto, callemos todos.

—¿No podrá verla?

—No. Está muy nerviosa, muy agitada. Necesita reposo.

Suavemente, con su tacto apaciguador, la señora de Róspide apaciguó los nervios alterados del joven. Un poco más tarde salió de Fenollar un diferente estado de ánimo del que